

S O P A D E L I B R O S

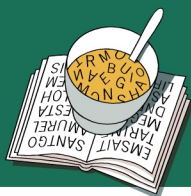
Jutta Richter

El gato

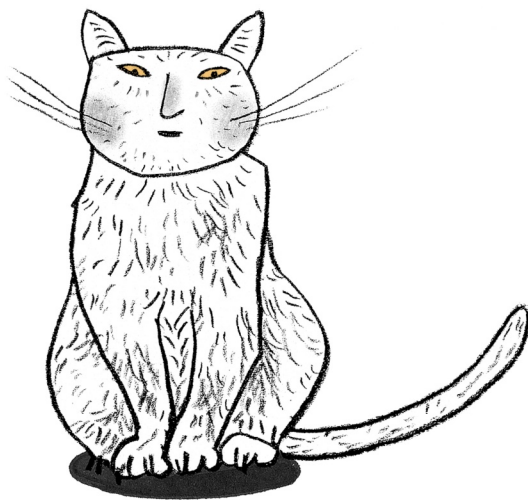
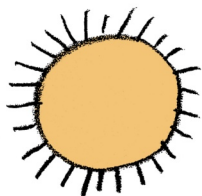
(o cómo perdí la eternidad)

Ilustraciones

de Rotraut Susanne Berner



ANAYA



*Para Lilli, Lena y Perlinus,
para todos los gatos que ya saben
lo que es la eternidad y, cómo no, también
para todos los niños sabios y cariñosos.*

Westerwinkel, marzo de 2006



1

En nuestra calle vivía un viejo gato blanco.

Vivía en la mancha de sol que se deslizaba sobre la tapia de nuestro jardín. Justo al lado de la puerta de la cancela, por la que salía para ir a la escuela.

Ya no recuerdo cuántas veces me paré al pasar a su lado para acariciar su cabeza y notar una vez más el tacto de su pelaje. Lo único que sé es que después la mano siempre me olía a pescado. Y que también me entraban náuseas, porque el olor del pescado me hacía pensar en los viernes.

Los viernes nunca me dejaban levantarme de la mesa hasta que no dejaba limpio el plato. Tocaba fletán para comer, que me ponía enferma, o arenque flotando en una salsa de tomate roja como la sangre.

Pero, sin duda, el viejo gato no podía saber eso cuando me asaltaba con sus ronroneos de camino a la escuela. Y eso lo hacía cada mañana, porque era verano y nunca llovía.

Tenía el pelaje entre los ojos y las orejas tan fino que por debajo su piel rosada relucía más clara y parecía desnudo. Era una sensación extraña, tanto que a menudo me hacía soñar con gatos desnudos que merodeaban por la ciudad, rosados y sucios.

12

Luego, como siempre llegaba tarde a clase, todo el mundo me llamaba la Mari Remolona.

Nunca nadie creyó que fuera culpa del gato. Ni aun cuando daba mi palabra de honor.

—Te pasas el día remoloneando por ahí—decía mi padre con ojos de pez rabioso, como siempre que se enfadaba.

—Te pasas el día remoloneando por ahí—decía el profesor Hanke, sin importarle llamarme delante de todos «caprichosa y desconsiderada». Eres una niña caprichosa y desconsiderada—despotricó de mal humor.

¡Oh, sí! A mí me gustaba ser caprichosa y desconsiderada. Muy caprichosa y más desconsiderada todavía.

Ser una niña «caprichosa y desconsiderada» valía tanto o más que una gallina con cresta. Y eso era una peculiaridad excepcional.

Como yo, que también era excepcional. Para mí, el mundo comenzaba donde terminaban mis pies y se extendía a lo largo de toda la calle hasta el infinito. Con los charcos de gasolina que centellaban tornasolados a la luz del sol. Con las babosas de color rojizo que dibujaban aquel reguerillo viscoso sobre el asfalto. Con las canicas y los caramelos de frambuesa. Con los clavos torcidos y oxidados. Con las flores de uña de caballo, con las culebrillas de cristal y con ese viejo gato blanco que también era inmortal como yo.

Nuestra era la eternidad.

Y comenzaba cuando el calor apretaba al mediodía y yo me sentaba al lado del gato para explicarle en voz baja las palabras que había aprendido por la mañana en clase.

—Tú serás un gato caprichoso y desconsiderado —le susurraba—, y yo una niña caprichosa y desconsiderada... pero como en realidad los dos estamos hechizados, viviremos setenta y siete vidas.

—Solo siete —ronroneó el gato—. Y ni aun así nos creen cuando lo decimos. Además, no creo que seas capaz de llegar hasta setenta y siete, porque es tanto como un millón cuando solo se sabe contar hasta veinte.

—Es cierto —musité asustada, las cifras que trataba de imaginar eran descomunales.

—Oye, no sabrás cómo llegan los números a nuestra cabeza, ¿verdad? —le pregunté al gato.

Él se quedó un rato pensando, mientras me lamía la mano con su lengua aguileña y áspera.

—Se fijan en nuestra memoria con ratones —contestó, después—. Con los ratones que se comen.

—Pero yo jamás he comido un ratón en toda mi vida. Ni uno solo, ¡lo juro!

—Un día te llevarás un buen disgusto como sigas jurando y perjurando a diestro y siniestro —bufó el gato, y se bajó del muro de un salto para desaparecer, poco después, detrás del contenedor de basura.

La eternidad era grande... muy grande y muy lenta. Sobre todo cuando no podía compartirla con el gato.

En esas ocasiones, lo único que ayudaba era la sierra circular con la que Waldemar Buck aserraba la tarde.

La sierra circular rechinaba por encima de los tejados, y se me ocurrió que quizá con cada uno de aquellos chirridos se caía un pedacito de eternidad del cielo.

Entonces el sol se hundió en el horizonte y mi madre me tiró desde la ventana un bocadillo envuelto en una bolsa de papel.

—¡Puedes quedarte fuera media hora más si quieres! —me gritó.

El alcalde encendió las farolas de la calle.

Apoyada contra el poste de una farola, masticaba muy lentamente mientras oía cómo zumbaba la corriente eléctrica.

¿De dónde venía la electricidad y cómo se metía dentro de las farolas? En aquella ocasión no contaba con un gato cerca que pudiera explicármelo.

Mi padre tampoco pudo. Es más, me dijo que me dejara de paparruchas y que aprovechara el tiempo en hacer cuentas. Pero ¿cómo iba a aprender a contar si me ponía enferma tan solo con pensar en comer ratones?

A esto, mi padre tampoco supo qué responder y, para colmo, me llamó testaruda mirándome de nuevo con sus ojos de pez rabioso.

Así que me recosté de nuevo contra la farola un buen rato y cavilé y cavilé, mientras el viejo gato blanco no paraba de zampar ratones y con cada ratón se hacía más y más inteligente.

Entonces me llamaron para que entrara en casa, porque aún tenían que bañarme y, cuando terminara de peinarme, que eso ya lo hacía sola, también meterme en la cama.

—Buenas noches —dijo mi madre—. Que tengas dulces sueños.

—Buenas noches, mamá —respondí.

Pero empecé a soñar con gatos desnudos que merodeaban por la ciudad y supe que lo de «buenas noches» era mentira: las buenas noches no existían.

